

SONATINA PARA DOS TAMBORES

Medardo Arias Satizábal

Hay que entender lo que significaba nacer en el Chocó 3 años antes de la primera gran Depresión económica de los Estados Unidos, cuando las compañías mineras de esta nación, entre las que se contaba la Chocó Pacific, se alistaban también para peores tiempos.

Carlos Arturo Truque, uno de los pioneros de la cuentística en esta parte del país, vino al mundo en 1927, en la población de Condoto, donde no solamente las compañías del norte de América habían sentado sus reales, sino también, en tiempos anteriores, el burgo aristocrático de Popayán, con sus Casas de Moneda, sus encomenderos y tasadores de impuestos.

Truque, al igual que Arnolando Palacios, nacido en 1924 en el mismo departamento, en Cértegui, y Oscar Collazos, nativo de Bahía Solano, con una fecha de nacimiento casi 20 años después de Palacios, observaron detenidamente los procesos de explotación, la música y la miseria, elementos que trasladarían, respectivamente, a sus obras literarias.

Para Truque, como para Collazos, el encuentro con un mundo cosmopolita de marineros que hablaban en otras lenguas, la vida bohemia de los bares, la existencia entre soles fugaces y lluvias perennes y la visión del mar, esa que Guillén definiera como “an-

cha y democrática”, ocurrió en Buenaventura, donde transcurrió parte de sus vidas.

Me parece ver a mi padre caminando con toda su prole hasta la tienda de Don Sergio Isaacs Truque, padre de Carlos Arturo, para comprarnos el estreno de Navidad. “La tienda de Don Sergio”, como las llamábamos era no solamente ese lugar donde nos probábamos los vaqueros de marca “El Roble”, sino también la camisa de cuadros que imaginábamos “exclusiva” y encontrábamos después alegremente repetida en los condiscípulos de la escuela y el colegio. Don Sergio miraba atentamente desde el mostrador de madera y vidrio donde Dora, su esposa, había alineado tubinos con hilos de colores. Llevaba siempre un metro alrededor del cuello y habla en una lengua castiza, un español reposado, culto, que inspiró no pocas historias en la Buenaventura de entonces. Los giros verbales, la retórica exquisita de Sergio Isaacs Truque, obedecían, qué duda cabe, a largas y juiciosas lecturas, las mismas que debió emular en su infancia y juventud su hijo Carlos Arturo.

Tenían los Truque la apostura de los condoteños, una andadura que caracterizó a esta población como una pequeña Atenas del Chocó. Carlos Arturo realizó estudios primarios en Buenaventura, y en Cali ingresó al Santa Librada, el viejo colegio fundado por el General Santander. Culminó estudios secundarios en el Liceo de la Universidad del Cauca en Popayán. Según se sabe, alcanzó a cursar un año de ingeniería en el claustro caucano. El ambiente de la Popayán de entonces, avanzados los 30, hervía de revistas literarias, ya en el campus universitario, en los parques rodeados de robles, en los pequeños cafés de intelectuales y poetas. Carlos Arturo Truque empezó a escribir en esas pequeñas revistas, unos textos de acentos políticos, que firmaba con el seudónimo de “Charles Blaine”. Como todo escritor en ciernes, enviaba sus historias y artículos a diarios de circulación nacional. Envío la el drama “Hay que vivir en paz” al Festival de Berlín, Alemania, en 1951, y obtuvo un honroso reconocimiento. Pero, en 1953 recibí un palmarés literario que lo catapultaría a otros honores. Ganó el “Espiral” con un libro que tituló “Granizada y otros cuentos. Al año siguiente, la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia, organizó un premio literario, en el cual el autor obtuvo el Tercer

reconocimiento con la obra “Que vivan los compañeros”, una de sus más certeras creaciones, en la opinión de los críticos. En 1958 alcanzó otro galardón en el Concurso Folclórico de Manizales. Otro evento que lo dio a conocer nacionalmente, fue el primer premio del Concurso Literario de El Tiempo, en ese mismo año, con una historia que incorpora, por primera vez, el ritmo de currulao a las formas literarias: “Sonatina para dos tambores...”

“No era cosa para dormir esa noche. Allí en el mismo cuarto, a tres metros, tal vez menos, estaba Damiana con los fuelles, como dos hilacha. Lo malo era que el viejo vagabundo de Míster Sterns, llevaba ya tres días de andar como una “cuba”, de una orilla a otra del río, engarzado en cuanto “currulao” sonaba. Con él, no valía nada: mientras hubiera una “juga, ya las patas se le iban alistando solas.

Y las fiestas de la patrona de la Santa Bárbara del Rayo, vinieron a caer a tan mala hora; precisamente cuando la Damiana ya no podía con el aire.

Ese era el asunto; que a la mujer le dolía el aire y lo cogía por la nariz, para que le saliera otra vez por los fuelles, con un sonido de “conuno” retemplado. ¡Qué carajo!, ¡Y ya tenía tres años de estar en las mismas!

¡El ahogado, Santiago...’!, ¡el ahogado! Y luego era el frío. Siempre tenía que tener frío, con ese sol de candela que mi Dios le había dado a Santa Bárbara de Timbiquí. Y por la noche, frío también”.

El V Festival Nacional de Arte de 1965, premió su talento por el cuento “El día que terminó el verano”. La Universidad del Valle publicó en 2004 sus cuentos completos, dentro de su serie editorial “Clásicos regionales”. Truque aparece antologado en el volumen “Un siglo de erotismo en el cuento colombiano”, compilación que realizara Oscar Castro García para la Universidad de Antioquia en 2004, y en “Cuentos y relatos de la literatura colombiana”, de Luz Mary Giraldo, editado en 2005, por el Fondo de Cultura Económica. Arturo Alape estudió profusamente la obra de este autor chocoano, considerado un pionero de lo que hoy se denomina “Literatura de la violencia”. Carlos Arturo Truque fue uno de los primeros escritores colombianos que se interesó en los conflictos

generados por las guerras civiles; en su obra apareció ya la semilla de esas historias que, en su momento, tocaban la realidad, y también la ficción, de las guerrillas de los Llanos Orientales, en esos años 50 donde el nombre de un Guadalupe Salcedo repicaba en las nacientes ciudades con visos de leyenda.

Entre sus cuentos más conocidos figuran también “El Encuentro”, “Fucú”, “La diana”, “Martin encuentra dos razones”, “La fuga”, “El misterio”, “Dos hombres”, “La noche de San Silvestre, dedicado a su hija Sonia Nadezhda, “Lo triste de vivir así”, “Las gafas oscuras” y “Porque así era la gente”.

Venía de un mundo donde los panaderos hacían figuras domésticas con el pan; tortugas, peces, muñecas, y donde el oro se pesaba en castellanos. Castellano es la cincuentava parte del marco de oro; equivale a 4 gramos y una fracción; como es sabido, el “quinto” era un impuesto a la producción bruta de oro que se cobraba durante el siglo XVIII a una tasa del 5%, al que se añadía un 1.5% con el nombre de “cobos”. Este último impuesto fue reducido al 1% en 1759 y a partir de 1777 ambos gravámenes se consolidaron en un solo tributo del 3%¹¹. Conociendo la tasa y el valor del impuesto, es fácil determinar el valor total de la producción, medida en “castellanos”, unidad en la cual se computaban los quintos, medida de peso equivalente a 1/100 de libra (es decir, unos 4.6 gramos). Tenemos así que, para efectos contables, el castellano se evaluaba en dos pesos de plata (o “patacones”) pero su precio oscilaba entre dos pesos y dos pesos con 5/8, según la región del país y la situación del mercado. Para todos los efectos, el oro debía reducirse a la ley de 22 quilates y toda cifra en marcos o castellanos.

Al acuñar el castellano, se hacían 1.36 monedas denominadas escudos, cada uno de los cuales valía dos pesos; por lo tanto de un castellano se acuñaban 2.72 pesos.

Yozan, un español de estos tiempos que se adentró en el Chocó y en Condoto, escribió con asombro en su blog: “No conozco a nadie que me lleve a las minas y pruebo en una tienda; tienen bateas expuestas en la acera y una mesa con una balanza de precisión. La señora vende otros útiles de minería y compra oro y platino. Le cuento mis intenciones y me dice que es fácil, hay

muchas minas en los alrededores y solo tengo que aparecer por allí. Al rato se acerca un minero con botas de plástico embarradas y un sombrero de paja. Viene directamente de una de ellas y saca unos papelillos blancos con arenilla plateada mezclada con algunos granos más gruesos dorados. Es oro y platino. La señora los pesa juntos, en un lado de la balanza pone el metal y, en el otro, granos de maíz, una medida de peso antigua que sobrevive desde el tiempo de la esclavitud. Le entrega 8000 pesos (casi 3 euros) por cada uno, todo ha pesado 5, ha tenido suerte hoy. Pero se paga bajo, me dice, la caída de las bolsas ha bajado el precio del oro y se ha llevado al platino detrás, hace dos semanas se pagaba a 20 mil pesos/grano. Con lo que ha traído hoy se lleva una batea nueva. Le pregunto si lo puedo acompañar que quiero probar suerte y hacer unas fotos, pero descansa mañana. Me dice que cualquier moto-taxi me lleva y seguro que alguien me presta alguna batea. Estos mineros trabajan para ellos mismos. Ellos artesanalmente lavando tierra con el agua estancada, y la compañía, con maquinaria pesada y bombas hidráulicas. Son minas de aluvión, minas excavadas en el suelo formado por materiales que arrastraron los ríos durante miles de años desde las montañas y donde se encuentra el metal: entre tierra, barro y cantos rodados. A la mañana siguiente el moto-taxista me lleva cantando himnos pentecostales todo el camino, son unos 20 minutos por una carretera de tierra y charcos, a la salida de Condoto. Desaparece la selva y aparecen paisajes irregulares de montículos de tierra y allanamientos artificiales donde se ven arbustos y hierbas de diferentes alturas, restos de maquinaria oxidada, plásticos y chabolas de metal abandonadas. Luego van apareciendo tierras planas y limpias de vegetación donde trabajan máquinas excavadoras y bulldozers. El dueño de la mina me autoriza a bajar y uno de sus empleados me lleva al “hueco”: al inmenso y profundo agujero anegado de agua. Allí están los mineros independientes y los operadores de la empresa. Los mineros se meten en el fondo del agujero y van sacando tierra de las paredes haciendo pequeñas cuevas con picas y palas. Llenan las bateas y van lavando y quitando las piedras hasta que queda solo el metal. El oro y el platino es lo que más pesa y se queda abajo de todo. La empresa lo hace

a gran escala, las excavadoras remueven y sacan tierra que meten en una gran criba que va separando la tierra y deja el metal en el fondo. Todo está embarradísimo y una señora me presta sus botas de caucho para bajar por el fango blando. Me dirijo hacia un grupo de mineros en la parte derecha que están excavando en las paredes, hay varias mujeres también y trabajan en grupo. Una de ellas es la primera vez que viene, me dice que a ver si consigue suficiente como para sacarse una muela. Otro me dice que lo que consiguen todos los días apenas les da para la comida. Hay varios que están metidos casi dos metros tierra adentro y es peligroso, la pared está abombada hacia afuera y parece que se va a desplomar en cualquier momento. Ellos me lo confirman, dicen que todos los días pasa. Al rato la parte de la derecha se desploma en dos tiempos pero afortunadamente no ha cogido a nadie dentro, los huecos estaban vacíos. Hay algunas personas que se asustan y paran de trabajar, no quieren acercarse otra vez, otros le dan menos importancia y siguen trabajando. Es el tipo de mina que más predomina en la zona: pequeñas, peligrosas y perjudiciales al medio ambiente. Las grandes explotaciones las tienen empresas extranjeras con mayor maquinaria y uso de métodos químicos más contaminantes aun (mercurio, cianuro) que además dan menos trabajo y pagan un impuesto ridículo. Antes, bajo la colonia española la corona se quedaba con un quinto (20%) de los metales extraídos; hoy Uribe los regala: las empresas extranjeras se quedan con un 96%, pagan un 4% de impuestos al gobierno colombiano. Aunque el platino se tiraba en los primeros tiempos de la corona luego fue valorándose como metal precioso. En el Chocó es de los más puros y tiene pocas impurezas de iridio, osmio, paladio, rodio y rutenio que son los metales que lo acompañan y que se aprovechan con otros fines industriales. La zona con más oro está más al norte y es otro de los lugares donde intentaron los españoles buscar el mito de el Dorado. Y otro español, cientos de años después, bajó a las profundidades de la tierra a buscar el polvillo mágico. Me cogí una batea y empecé a trabajar. Y me fui con lo mismo que vine..”.

Quizá este español jamás supo que por ahí nació Carlos Arturo Truque, voz pionera de la cuentística social colombiana, el mismo que se permitía esta opinión acerca del género del cuento en Colombia:

“El género cuento no ha tenido en nuestro país el cultivo necesario. Una modalidad tan exigente impone ciertas cualidades de observación, agudeza psicológica y capacidad de síntesis que no todos poseen. La demasiada afición de nuestros literatos por la poesía ha ayudado a que el cuento, la novela y el ensayo, para no decir nada del teatro, se hayan quedado sin recibir el impulso deseable. El cuento, ya en la segunda parte de la pregunta, es brevedad, es la síntesis de un momento vital. El buen cultivador del género sabe darle siempre la hondura necesaria, en unos cuantos trazos, a los caracteres que describe y la intensidad suficiente a cualquier episodio de la vida, por sencillo y vulgar que sea. Hay una tendencia, heredada de los modernos cuentistas norteamericanos, a rodearlo de cierto resplandor poético-simbólico, que por cierto no corresponde al punto de mayor grandeza en la modalidad. En los escritores de la última generación de los Estados Unidos se ha operado...”.

Los cuentos de Carlos Arturo Truque han sido objeto de estudio en la Universidad de Missouri.

Su hija Sonia Nadezdha Truque, recuperó para la historia de la literatura nacional este reportaje que cobra hoy mucha actualidad. La escritora bonaverense e hija de CAT señala que existe una clara intención racial en los cuentos de su padre, al poner de manifiesto el tema de la negritud. En sus cuentos «Sonatina para dos tambores»; «La aventura de Tío Conejo»; «Fucú»; «El Piguíta» y «De cómo Jim empezó a olvidar» abordó el tema racial como un ajuste de cuentas con su origen mestizo: hijo de padre blanco y madre negra. También se nota la intención de reivindicar a todos los sectores marginados de una sociedad como la colombiana, de mentalidad oligárquica, racista y excluyente. En «Sonatina para dos tambores», la presencia africana es evidente; la historia transcurre a la orilla del río Timbiquí, en un sitio denominado Santa Bárbara de Timbiquí, durante las fiestas en honor a Santa Bárbara del Rayo, la versión sincrética de la cosmogonía yoruba del dios-Changó. Están de fiesta, y el tema de la tradición, de los bailes, los sonidos, la música, las costumbres que el autor enumera y mezcla con el relato de la tragedia de Damiana quien agoniza de enfermedad pulmonar”.

La panadería, por ser en el Chocó un oficio que se recrea en las formas, como lo hace el escultor o el ceramista, es en esta región otra expresión de las Bellas Artes; de ahí, proviene el ritmo del *Maquerule*, dedicado originalmente a un inmigrante afro de lengua inglesa, *Míster Mc Duller*, quien fue famoso por sus *mogollas*, en *Andagoya*, otro día base del mayor campamento minero del Chocó. En el Pacífico se le llama “*chombo*” al afroamericano que habla inglés, al que bajó de los barcos, proveniente de San Andrés, Providencia, Trinidad o Jamaica. La canción hecha popular entre nosotros por el Grupo Bahía, dice así:

*Maquerule era un Chombo
Panadero en Andagoya—
Lo llamaban Maquerule,
Se arruinó fiando mogolla.*

*Coro: Póngale la mano al pan, Maquerule,
Póngale la mano al pan, pa que sude
Pin, pon, pan, Maquerule,
pin, pan, pun, Pa que sude,*

*Maquerule no está aquí,
Maquerule está en Condoto
Cuando vuelva Maquerule
Su mujer se fue con otro.
(Coro) ^[P]_[SEP]Maquerule amasa el pan
Y lo vende de contado;
Maquerule ya no quiere
Que su pan sea fiado.
(Coro)*

Condoto fue en sus inicios la tierra de los indios Iroés y Cimarrones. A esta tierra se le llamó también *Lombricero* o *Campo Alegre*; en su escudo se inscribe el lema de “amor, paz y progreso”, y en su himno, escrito por Juan Pablo Pretelt Paz, se pondera esta tierra rica en oro y platino, y la cercanía de sus tres ríos tutelares:

*Por si acaso me impide la muerte
ver tu gloria inmortal yo seré
el Condoto, el Iró y el Tajuato
por sus aguas feliz surcaré...*

El municipio fue fundado en 1758 por Luis Lozano Scipion; en 1892, la Asamblea Departamental del Cauca determinó que fuera cabecera municipal. Su nombre, en lengua Catía, traduce “río turbio”. Localizado en la parte sur oriental del departamento del Chocó, en la subregión del San Juan, la segunda zona en importancia política, económica y administrativa del departamento, a una distancia aproximada de 90 kilómetros de Quibdó, tiene al norte a la localidad de Tadó, y al sur los municipios de Nóvita y San José del Palmar.

Su monografía, anota que “la vegetación del Municipio de Condoto y en general del Departamento del Chocó, se caracteriza por altas temperaturas y las constantes lluvias. La vegetación de Condoto es de frecuentes bosques y selvas donde se encuentran finas maderas que tienen mucha aplicación en la Industria, la medicina y la alimentación. Maderas como el Lirio, el Cedro, Chachajo, Dormilón, Jigua, Yarumo, Guácimo, Guayacán, Pacó, Incive y otros. Además se encuentra gran variedad de árboles frutales como: árbol del Pan, Guamos, Caimitos, Marañón y especies de Palmas. La agricultura de esta región se encuentra un poco atrasada, además la falta de incentivos en el campesino condoteño para desarrollar dicha faena, pero a pesar de lo anterior empieza a crearse la proyección hacia el desenvolvimiento de la actividad agrícola.

El río Condoto es de regular caudal es navegable en lancha de calado aceptable, motores fuera de borda, chalupas, etc., a la margen izquierda de este río se ubica la población de Condoto. El lecho del río Condoto como todos sus afluentes es rico en Platino más que en oro, la mayor cantidad de platino del Departamento del Chocó se extrae de este río y en los alrededores del Municipio del mismo nombre. El río Condoto en su cabecera presenta fuertes corrientes, rápidos o cabezones que impiden o dificultan la navegación normal.

La base de la economía del Municipio se soporta en el aprovechamiento de los recursos naturales renovables y no renovables, tales como el aprovechamiento forestal, la minería del oro y platino; la agricultura, con los productos maíz, yuca. Plátano, ñame, chontaduro, borojón, achín y caña de azúcar y en menor escala la ganadería, en especial ganado vacuno, porcino, cría de peces y aves de corral.

El Municipio cuenta hoy con una comunidad religiosa mayoritariamente católica, aunque existen otras religiones como los Menonitas, Testigos de Jehová, Pentecostales, entre otros, La Iglesia y la Alcaldía realizan cada año, actividades de fiestas de devoción en fechas como la Semana Santa, La celebración de San Pedro y San Pablo a finales del mes de junio, y las Fiestas Patronales a Nuestra Señora del Rosario que van desde el 27 de septiembre al 7 de octubre, día en el cual se celebra dicha fiesta católica a la Patrona del Municipio. Es una fiesta en la que todos sus habitantes rinden honores en los principales barrios, turnándose uno por día, y cada uno hace actividades diversas como comparsas, pasacalles, carnavales, y en la noche: Verbena barrial. El 6 de setiembre es la víspera del día clásico, en donde se hace un evento general para dar clausura a las fiestas en honor a la Virgen.

Aparte del escritor Carlos Arturo Truque, son condoteños el General en retiro José Laureano Sánchez Guerrero, la cantante Nubia del Carmen Arias, más conocida como Támara, así como Gloria “Goyo” Martínez y Miguel Slow, integrantes del grupo Chocquibtown”.

Fabio Martínez, escritor y profesor titular de la Universidad del Valle, sitúa al escritor en la misma generación de Gabriel García Márquez, quien nació en 1928, un año después de Truque, y de Álvaro Cepeda Zamudio, su contemporáneo de natalicio. Pachón Padilla, por su parte, anota que Truque, además de su labor literaria, fue subdirector de Extensión Cultural de Cundinamarca, y Secretario del Instituto de Estudios Históricos. Su cuento “Sonatina para dos tambores”, fue antologado en el libro “De la Hostia y la Bombilla, el Pacífico en prosa”, (Medardo Arias Satizábal) dado a conocer en 1992 por la Universidad del Valle.

Fabio Martínez expresa, con respecto a su obra: “Granizada y otros cuentos” produce un efecto sorpresivo en la recepción, pues los 200 números publicados fueron agotados muy rápidamente. Según Martínez, su producción influyó a otros autores: “Si se quiere, Granizada y otros cuentos produce un efecto positivo que posteriormente va a influir en la narrativa colombiana, como lo produjo también *La hojarasca* de García Márquez aparecida en 1955”.

Agrega que “Sus cuentos fueron conocidos en el extranjero porque Truque encargó a un amigo para que los pusiera en el extranjero. Dice Fabio Martínez que el primer ejemplar fue a Panamá y el otro llegó a la Biblioteca Nacional de Washington, donde lo descubrió Cyrus Stanley, futuro editor de la revista “Afro-HispanicReview”. Posteriormente fueron traducidos a otros idiomas”.

En “Papel de Luna”, Fabio Martínez anota que pueden encontrarse tres tipos de crítica con respecto a la obra de Carlos Arturo Truque: “La primera, son los criterios del editor para agrupar a un grupo de escritores. En el libro Cuentos colombianos, antología III, cuya editorial es la Biblioteca Colombiana de cultura, colección popular, de Colcultura, y cuyo editor es Pachón Padilla, encontramos en la página 121 a la justificación de la selección. El autor de esa anotación, posiblemente Pachón Padilla, posiblemente un anónimo, indica que en esa antología se buscaron criterios de homogeneidad en el grupo, quienes lograron romper con la tradición estructural del cuento colombiano, distinguiéndose por su conocimiento erudito, su intelectualidad, y técnica literaria. Ahondaron en los problemas nacionales y universales. Ahondaron en la interioridad del hombre por medio del psicoanálisis, para atraparlos en una atmósfera de misterio, magia, realidad y extraños reversos. El autor señala en especial los cuentos de Laguado, Franco Ruiz, Airó Enrique Buenaventura y Mejía Vallejo. Pero no señalan a Truque. Si suponemos que esta antología fue publicada en 1974, y que Truque hubiera muerto en el año de 1970, podemos deducir una vigencia de la narrativa de los años cincuenta en los setenta. O tal vez sea la recopilación de un grupo de escritores de los años cincuenta que pasaron sin gloria ni pena en la literatura nacional. Habría que investigar en este tópico.

El segundo grupo de críticos son quienes han publicado artículos y reseñas en revistas, antologías y prólogos. Ya mencionamos a Fabio Martínez, cuando nos referimos sobre la vida y la obra de Truque. Pues bien, anota en el artículo publicado en la revista *Papel de luna* que los cuentos están impregnados de una “atmósfera especial” inventada por Faulkner, y que más adelante otros escritores adoptarían, como Carson Mc Cullers y “Gabriel García Márquez de la hojarasca”. Que todos sus escritos tienen una influencia de la narrativa norteamericana, de autores como Mark Twain, O’Henry, Faulkner y Hemingway, este último timo de quien heredó el “uso de la frase corta y los diálogos magistralmente elaborados. Además Martínez relaciona la producción de Truque con la violencia de los años cincuenta en Colombia, cuando se recrudece la violencia en el campo, se cierran periódicos y se limita la libertad de expresión. En los mismos años, nacen las guerrillas del llano. En los mismo años, Truque escribe “Vivan los compañeros”. Martínez señala que por el mismo periodo, otros escritores estarán interesados por misma temática, inaugurando así la literatura de la violencia en Colombia. Por otro lado, rescata que después de la publicación de “Vivan los compañeros”, Carlos Truque adquiere un “tono y una voz propia y depurada”. Otro cuento, “El día que terminó el verano”, es un cuento plagado de trópico, de ambientes cálidos y reverberantes, donde los personajes están marcados con el destino de la fatalidad.

En lo que respecta al cuento “El día que terminó el verano”, Pachón Padilla, uno de los primeros críticos que se interesó en la obra del autor chochoano, realizó un estudio de “Granizada y otros cuentos”. Así quedó consignado: “Según él, la narrativa de Truque refleja la corriente del realismo social, pues muestra la problemática que se somete el campesino y el obrero en un mundo estuoso, de sexo y miseria. Es por lo tanto, según Padilla “un patente alegato de crítica social contra la forma como está distribuida la riqueza, al corresponderle a unos, la mayoría, los tributos y las obligaciones; y a los otros, los afortunados, el disfrute pacífico y sosegado de su patrimonio, con el aprovechamiento de su beneficiada posición, de absorber todo con singular avidez, hasta oprimir a los asalariados a la condición de menesterosos; pero éstos jamás podrán eludir su

inquebrantable destino y vivirán azotados siempre por el estigma del infortunio, y terminará en la fatalidad.

En cambio, según Padilla, el cuento “El día que terminó el verano”, se aleja de su temática social, y regionalista, para adentrarse en el cuento neorrealista. El estilo del cuento es “conciso y fúlgido”, narración de tercera persona por un narrador–ausente, con diálogos de primera persona del protagonista, de acuerdo al dialecto y al grado cultural”.

Le correspondió al crítico y escritor Arturo Alape, la escritura del prólogo de los cuentos “Vivan los compañeros”, publicados por la Biblioteca del Darién. Alape manifestó que Truque tenía una obsesión por la calidad de sus textos; que lo que podía parecer un material “burdo”, se transformaba en su talento, en algo paradigmático, con un mensaje social claro, distante los visos de propaganda, producto de un trabajo sistemático y concentrado. Truque debió tomar distancia de las “modas” literarias, y se edificó así mismo como un escritor colombiano que miró en derredor, de manera crítica, sin desdeñar el conocimiento de otros autores del mundo. Sus temáticas, locales, son hoy muy universales, apreciadas en varias lenguas. El mismo desconfiaba de estos creadores que se empeñan en ser cosmopolitas, ciudadanos, sin voltear a mirar la realidad de sus pueblos, fuente de gran riqueza literaria.

Según Alape, “En Truque la narrativa pretende romper con el lenguaje que tenía por literario en ese momento, para usar el lenguaje regional, de cada región. Esto es un alejamiento de las normas de la ciudad, para buscar acercarse más a las expresiones individuales tanto en campo como en la ciudad.

Para el escritor, el descubrimiento del Denominado Grupo Guayaquil, en el cual se ponderan el lenguaje poblano, temáticas locales y regionales, fue una manera de estar de lado de una estética afincada en lo popular; el trabajo de Truque viene a representar, entonces, en sí mismo, una crítica a los contextos “costumbristas”, literariamente hablando, tan en boga por un tiempo en Colombia. Es claro que desde la montaña, Don Tomás Carrasquilla había mostrado una manera de hacer humor y de recrear usos y costumbres desde la literatura, dentro de un campo de paisaje y divertimento, en el que no faltaron las descripciones obsesivas de las ma-

neras del campo, mitos y leyendas. Truque toma una distancia de esa propuesta, e inspirado por la escuela moderna estadounidense, nos regala unas historias que están escritas con impecable factura, donde la retórica permanece a prudente distancia. Algo que él fue premeditado, una búsqueda de otro lenguaje, de una nueva excelencia dentro de la literatura colombiana.

Alape conceptuó también: “Los cuentos de Carlos Arturo Truque, algunos magistrales, son un permanente entrecruce de situaciones en que los sueños de los hombres transfiere a otros las fantasmiales ilusiones, única muralla para sobrevivir la dureza de la cotidianidad; los hombres viven la desesperanza entre los límites de la duda y los dientes de la rabia, mientras bajo la luz de una sola mirada, el odio continúa empotrado en sus almas. (Alape, “Prólogo y selección de textos”). Sonia Nadezdha Truque, también escritora, nació en Buenaventura en 1953; parte de su labor intelectual la ha dedicado a la crítica literaria. Residió por un tiempo en España. La Editorial Pijao de Ibagué, publicó en 1986 su libro de cuentos “La otra ventana”. Entre sus obras más conocidas se cuentan “País de versos. Antología de la poesía infantil”, publicado en Bogotá en 1991, por Tres Culturas Editores, con la coautoría de Carlos Nicolás Hernández. Historias Anómalas, publicado por Cooperativa Editorial Magisterio, en 1996, Los perros prefieren el sol y otros cuentos, publicado en 2006, Bordes, poesía, Colección Viernes de poesía No. 13, Departamento de Literatura, Universidad Nacional de Colombia en 2002. Había publicado ya en 1988 la selección “Elisa Mujica en sus escritos”, además de antologías como Las travesuras del pícaro tío conejo, editorial tiempo de leer, Fábulas colombianas, fábulas extranjeras en editorial Tiempo de Leer.

“Estos tres autores, tienen una crítica benévola a Truque, tanto como Martínez como Alape, escriben a favor de la narrativa de Truque, señalándola como innovadora, y equiparable a los grandes cuentistas internacionales. Mientras Pachón Padilla, es imparcial. No existen otros estudios de la obra de Truque, publicadas en este momento debido a que hay un interés general por la obra de Truque. Eso se debe, a su muerte temprana, que impidió asentarse en las letras nacionales, al poco apoyo de las grandes editoriales, que no arriesgaban editar a los nuevos escritores, a que fue muy pronto

eclipsado por grandes cuentistas y a los pocos estudios que puedan acercar los lectores a su obra. Así que quedó reducido a ingresar en antología de cuentos colombianos, generalmente eclipsado por Gabriel García Márquez. El tercer grupo se refiere a los estudios en el exterior a actualidad, hay varios estudios sobre Truque. La tesis doctoral radicada en la Universidad de Complutense de Madrid titulada *Las modalidades expresivas en cuatro novelas colombianas negras de Ni Vunda Zola*. Desafortunadamente no tengo acceso al documento porque no hay alguna copia en Colombia. Sin embargo se puede leer el resumen. Se trata de un estudio de cuatro novelistas de ascendencia africana. Entre ellos son Arnoldo Palacios, Arturo Truque, y M. Zapata Olivella. La intención de la tesis doctoral es examinar las obras intrínsecamente, en “sus modalidades expresivas”, y de esta forma, crear un “suplemento de información sobre su verdader[o] status como obras de arte. Otro libro, es el de Lewis, Marvin A. titulado “*Treading the Ebony Path: Ideology and Violence in Contemporary Afro-Colombian Prose Fiction*”.

Además de este interés de investigar las propuestas de escritores afrohispanos, creo que Arturo Truque es un escritor universal, porque propuso una nueva estructura del relato en Colombia, basándose en las narrativas norteamericanas. Vio que la única forma para construir la nación era rescatando esas otras voces marginadas que no se escuchaban anteriormente, usando sus lenguaje diario, retratando sus vidas, y poniendo en situaciones de diario vivir. Como escritor que vivió en la época de violencia de los años cincuenta, publicó los primeros relatos de la llamada literatura de la violencia en Colombia. Que es temerario, si nos percatamos la censura, y el cierre de varios periódicos por parte de los gobiernos de Rojas Pinilla. La audacia de Truque en escribir cuentos sobre las guerrillas del llano, y de la violencia del inicio de siglo XX, se puede explicar su poca difusión, pero también su preocupación por el orden social y las injusticias entre las diferentes capas sociales. Aunque posteriormente fue eclipsado por otros escritores, y por ser escritor regional. En el exterior fue traducido algunos cuentos, y se realiza varios estudios sobre su obra, desde sus temáticas de violencia, de afrohispanidad, y formas intrínsecas de su obra”.

Si tuviéramos que seguir un rastro cronológico al trabajo creativo de Truque, tendríamos que definirlo de acuerdo al croquis vital definido por su hija:

“Aparece inicialmente, en Bogotá, entre los contertulios del Café Automático, en su primera sede contigua al Parque Santander, lugar frecuentado, entre otros, por el poeta León de Greiff.

Una vez en Bogotá, en 1954, y durante los años de represión, la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia le otorga el tercer premio por su cuento «Vivan los compañeros». Luego en 1958 ocupa el tercer lugar en el Concurso Folclórico de Manizales con su cuento «Sonatina para dos tambores» y en 1965, en el v Festival de Arte de Cali recibe una mención por el cuento «El día que terminó el verano».

Después de estos años, al finalizar la dictadura de Rojas Pinilla en 1957, ocupa el cargo de secretario del Instituto de Investigaciones Históricas del Ministerio de Educación Nacional; y luego, siendo embajador de Haití en Colombia Hubert Carré, el de agregado de prensa en esa delegación.

En 1963 aparecieron en la revista *Cromos* biografías escritas por él, sin firmar, y que su esposa guardó celosamente como un importante trabajo. Con Carlos López Narváez trabajó como traductor del inglés y del francés, al tiempo que hacía libretos para televisión.

En 1964 se rompe definitivamente la vida del escritor, al sufrir una trombosis cerebral que lo dejó incapacitado para trabajar y escribir. Durante su enfermedad estuvo rodeado de amigos como Manuel Zapata Olivella, quien logró encontrarle un cupo en el Hospital de la Hortúa; el ex magistrado Jairo Maya Betacourt, quien demostró una preocupación de hermano; y de Otto Morales Benítez, Matilde Espinosa y Luis Carlos Pérez, entre otros. Hasta su deceso, su esposa Nelly lo animó para que siguiera escribiendo. Se contrataron varias secretarías, y con terapias y gran esfuerzo logró escribir algunos cuentos, pero el estado de ánimo decaía; no obstante, dejó varios escritos a mano, que su esposa rescataría. Muere en Buenaventura, Valle del Cauca, el 8 de enero de 1970, a la edad de cuarenta y dos años”.

Mi visión del Chocó está unida a Condoto, el lugar de nacimiento de Carlos Arturo Truque, y al viejo campamento minero de Andagoya, donde otro día la compañía “Chocó Pacific” sentó sus reales. Volví a recordar mi paso por esta bella región, al tenor del concierto de Juanes, frente al ancho río:

Fue bonito ver a más de cinco mil chocoanos en el coro de Juanes, junto al Atrato, un río que evoca riqueza y dolor al tiempo. Con Juanes, cantaron las maestricas que navegan diariamente para ir a enseñar a unos niños que Colombia no conoce, corearon con él las cantadoras de Andagoya, las panaderas de Tadó y Condoto, las mismas que amasan bizcochos en forma de tortugas; los bogas del San Juan frente a Andagoyita, donde la compañía minera Chocó Pacific imaginó una vez una aldea de California, con casas de techos cónicos construidas con pino canadiense.

Viendo a Juanes de frente a las palmeras y el río, me pregunté adónde fueron aquellos buenos profesores chocoanos que una vez pertenecieron a todas las escuelas de Colombia y que enseñaban con mística de misioneros. Del olvido y la negación de Patria, las escuelas Normales enviaban a estos educadores. Pienso en Víctor Tomás Urrutia, quinto de primaria, una mañana en el puerto, y su petición de un minuto de silencio por la muerte de ‘Bob’ Kennedy. Luego lo entendería en las fotos de ‘Life’. Este Kennedy, como Clinton hoy, gustaba de vivir entre la gente negra de los ghettos y se desabrochaba la corbata en el platón de camionetas que recorrían el Bronx, con las Panteras como escolta.

Y, claro, este concierto de Juanes me recordó también a uno de los chocoanos más cultos y mejor hablados que ha vivido en Buenaventura; Sergio Isaacs Truque, padre de Carlos Arturo Truque, autor de ‘Sonatina para dos tambores’, abuelo de Sonia Nadezhda y sus hermanas Yvonne América y Leticia Colombia. El Atrato es Jairo Varela, el músico colombiano con mayor reconocimiento en el exterior, Alexis Lozano, Nino Caicedo. Atrato son las Fiestas de San Pacho, Euclides Lozano, los clarinetistas de las bandas de bombo y platillo que recorrían las fiestas de la infancia. Sin clarinete chocoano no había alegría y esto lo sabía Peregoyo, quien vinculó al sonido de su Combo Vacaná el sonido dulce, femenino, del clarinete.

Hubo un tiempo en que salir de Cali en una avioneta Piper, para caer en el aeropuerto ‘Mandinga’, de Condoto, tenía los visos de una aventura. Quería escribir acerca de las compañías mineras en el Chocó y ahí me esperaba Manuel Pereiro, hermano de ‘Anuncia’, más conocida en la televisión colombiana como ‘Carmen de Lugo’, padre de Nhora Perfecta y de una familia maravillosa, con la que pude navegar río abajo, con paraguas y hablando a voces, forma de atenuar el ruido del temporal. Los Pereiro me mostraron ese Chocó desconocido que otro día había querido enseñar Bernardo Romero con ‘Candó’, su precoz telenovela.

De las cosas que se aprecian en la condición humana, la originalidad ocupa un lugar visible. Bautizar un niño en el Chocó tiene una gracia infinita. Alguna vez le pregunté a Nhora Valdés de Pereiro, por qué había nombrado ‘Perfecta’ a su hija, una de las más bellas reinas del Chocó, y me dio una respuesta sencilla: “Cuando nació, me pareció perfecta...”.

Llovía en Andagoya, todos los días, y cuando amainaba el palo de agua, en las tardes, empezaban a repicar las guitarras en los solares. En el viejo casino de la Choco Pacific todavía se oía entrechocar bolas en el ‘Billar Pool’, alguien destapaba una botella de ‘Platino’ y con el sabor anisado del licor, venían las canciones, “chocoanita, chocoanita encantadora...”.

Con este concierto a río abierto en Quibdó, Juanes nos acaba de recordar algo que sabemos, pero que es necesario reafirmar en Colombia, después de 200 años de historia: que todos somos atrañeos.